

Análisis institucional y socioanálisis

*Fernando M. González**

A la memoria de René Lourau¹

TRATÁNDOSE DE UN NÚMERO dedicado a la intervención institucional, me parece pertinente realizar un balance —sin pretensión de ser exhaustivo— de las aportaciones de Rene Lourau al campo del análisis institucional, y a su dispositivo de intervención, denominado socioanálisis.

Múltiples textos fueron escritos por este autor. Me concentraré en algunos que considero centrales para los fines de este trabajo, en el que intento mostrar parte de los supuestos teórico-metodológicos del análisis institucional, y a su dispositivo de intervención llamado socioanálisis. Dispositivo que tuvo sus primeros esbozos alrededor de 1963, en un taller sobre el tema de la educación, en buena medida implementado por Georges Lapassade. Pocos años después, en 1968, en su tesis de doctorado,² René Lourau (1970) realizó el primer esfuerzo de conceptualización del campo del llamado "análisis institucional" (AI).

Dividiré este texto en cuatro partes: el proyecto epistemológico; el proyecto político; la noción de institución, y finalmente, el dispositivo socioanalítico.

* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

¹ Algunas de estas reflexiones—visitadas ahora nuevamente— formaron parte de un capítulo de mi tesis presentada en junio de 1983, en el Doctorado de Análisis Institucional de la Sorbona, París VIII. Si bien René Lourau no discutió a fondo la problematización que hice de ciertos elementos de su propuesta, aceptó ser el director de la tesis —y se mantuvo como tal. Por ello le dedico este trabajo, por su calidez y amistad y en agradecimiento por lo que me enseñó a ver de esos "objetos", donde todos estamos inmersos, llamados instituciones.

² Titulada precisamente *El análisis institucional*.

El proyecto epistemológico

A mediados de los años setenta, Lourau presentó su propuesta de AI como básicamente "contrasociológica". En el libro denominado *Les analyseurs de l'église* (1972), encontramos con gran nitidez tres de los supuestos que pretende practicar esta "contrasociología institucionalista".

1. Superar los encasillamientos entre sectores y dominios de la sociología.
2. Intentar un rebasamiento de la sociología, como disciplina rigurosa y artificialmente separada de otras ciencias sociales.
3. Rebasar la actividad de investigación en ciencias sociales, como práctica separada de las prácticas sociales de los actores y observadores (Lourau, 1972:61).

Se trata de un triple intento de superación que implica diversos grados de dificultad, entre otros, la precisión en el diagnóstico para situar adecuadamente dichas dificultades. Si, por ejemplo, para el primer punto se parte del supuesto de que los encasillamientos de la sociología son debidos fundamentalmente "a la demanda social de la clase dominante", o producto de la "tradición académica de la división de conocimientos", entonces se puede colegir con cierta confianza y verosimilitud que es posible un replanteamiento de estas fronteras artificiales.

Sin embargo, no se debe deducir que los dos sentidos del "diagnóstico" anterior son equivalentes, ya que se trata de dos tipos de "intereses", los cuales han producido efectos que no necesariamente conforman de la misma manera los citados encasillamientos que constriñen el territorio de la sociología. Lourau deja esta cuestión sin desarrollar.

Ahora bien, si como el AI lo postula, tanto los individuos como los grupos son concebidos como "entrecruzamientos de referencias y pertenencias" o como "revoltijos de instituciones", es lógico que postule que la sociología se proponga "como objeto la práctica social como totalidad y no la refracción de la totalidad en cuadros preestablecidos de la ciencia instituida" (Lourau, 1972:62). Los problemas empiezan cuando se intenta definir qué se entiende por "totalidad", ya que precisamente la heterogeneidad parece constituirla completamente, y más aún porque no parece reducirse solamente al campo sociológico. De ahí que al avanzar hacia el segundo intento de "superación", las cosas se compliquen cada vez más.

La separación entre la sociología, economía, la historia, la psicología, el derecho, la educación, la terapia [...] es producida por la Historia [...] Pero toda tentativa de síntesis en este dominio [...] resulta oscurantista [1972:63].

Lo primero que llama la atención de este párrafo es que parecen entremezclarse cosas con diferente estatuto, como pueden ser, entre otros, la terapia y la economía. Recuerda en algo a Borges y "los animales del emperador". Pero lo más importante es que cuando Lourau piensa en la noción de "totalidad" adscrita al territorio de las ciencias sociales, descarta, por lo pronto, una síntesis que termine por confundir todas las disciplinas en una especie de magma indiferenciado.

Si la "historia", la "clase dominante" o la "tradicón académica" produjeron el grueso de estas divisiones, hay otro elemento, sin embargo, no contemplado, que también jugó su papel y que no se sitúa en los niveles descritos, sino que es de orden epistemológico. Es por eso que Lourau adelanta su propuesta:

Lo que se puede esperar es una serie de rectificaciones de fronteras entre la sociología y sus vecinos inmediatos: parapsicología, psicología clínica y experimental, teoría y filosofía del Estado. [Y añade] que la dificultad se manifiesta en los dos polos opuestos [...] de un lado con el psicoanálisis [...] del otro con la economía [...] Con el psicoanálisis la indeterminación del imaginario³ está privilegiada en detrimento de las determinaciones socioeconómicas, para la economía sólo importan las grandes leyes deductivas *a priori*, de la producción, la acumulación y el intercambio [*ibid.*:63 y *s.*].

¿Por qué la dificultad sólo aparecería en los dos polos? Lourau ofrece razones demasiado endeblés. ¡Basta solamente con tratar de poner de acuerdo en esa supuesta "rectificación de fronteras" ¿y dentro de un mismo cambio? a las psicologías experimentales y las clínicas para darse cuenta de que no todo se reduce a lo propuesto!

³ Para el caso del psicoanálisis, más que hablar de "indeterminación del imaginario", habría que aducir otro tipo de "determinaciones" además de las socioeconómicas. De otra forma, se tendería a reducir al inconsciente a no ser más que la "expresión" desplazada y medio tortuosa de aquello que sucede en otra parte.

Pero, ¿es posible circunscribir esta problemática a la citada rectificación fronteriza?, ¿o se trata más bien de una cuestión que está en el corazón de cada disciplina cuando constituye sus objetos teóricos, de conocimiento y sus diferentes metodologías, que no se reducen ni menos se explican por los intereses académicos o de clase? Creo que lo segundo es lo correcto.

¿Cuál sería, entonces, el estatuto de esta contrasociología que parece no encontrarse cómoda con sus vecinas inmediatas ni con sus polos opuestos?

Entre los dos ["polos"] la sociología parece carecer a la vez de biografía individual⁴ y de la estructura del modo de producción [sin embargo, al parecer no todo está perdido...] Una contrasociología puede fijarse por objeto el hacer manifiesto a la sociología los fragmentos del saber social global recortado por los sistemas de las ciencias sociales [*ibid.*:64].

En un primer momento, la sociología estaría definida en función de dos carencias. De ahí que Lourau considere necesario dar un segundo paso, en el cual una contrasociología que la asediara desde adentro le señalara cuál debería ser su "verdadero objeto". Sin embargo, resulta que ese objeto "propio" estaría compuesto por los "fragmentos de saber global recortado por las ciencias sociales". ¿Se puede acaso construir un objeto propio de los recortes hechos por otras disciplinas? ¿Estos recortes tendrían una coherencia y el mismo estatuto? Difícil contestar a estas cuestiones desde la postura de Lourau porque éste no especifica a cuáles "recortes" se refiere.

Por otra parte, es lógico suponer que los productos de los recortes no formen un todo coherente ni se sitúen en el mismo nivel. Además, esto supondría que habría una especie de disciplina con una mirada privilegiada, que sabría en dónde incidir y qué tipo de articulaciones deberían existir entre los recortes, para rectificar lo que el conjunto de las disciplinas instituyó "erróneamente".

Seis años después, Lourau todavía dice que no se trata tanto de "operar" la reconfiguración del campo teórico sino de un desmembramiento de ese

⁴ Resulta llamativo que Rene Lourau tienda a reducir el psicoanálisis tanto a la biografía individual como a la indeterminación de lo imaginario. Con ello no hace sino abundar en los prejuicios institucionales de tipo académico que ni siquiera llegan a "intereses". Esta reducción tendría sus efectos en el tipo de malentendidos y desencuentros entre el AI y el psicoanálisis.

campo (1978a:95)⁵ ya que se mueve en el campo móvil de la sociología, psicología y psicoanálisis. Si su campo sigue siendo "móvil", es que su estatuto teórico-metodológico no termina de consolidarse, a menos, claro está, que se piense en la movilidad como un valor en sí. Por otro lado, a esas alturas, ¿cuál es el sentido de intentar un desmembramiento —"anarquista" o identificado con ¿lo instituyeme?— de aquello por lo que circula? Y, sobre todo, ¿a partir de qué premisas? Eso sí resulta enigmático.

Resumamos hasta aquí (1978). Lourau ha fluctuado —en sentido "negativo" y "positivo"— en encontrar el objeto de esta contrasociología. Primero, afirmó que ésta debe hacerse cargo de la "práctica social como totalidad"; luego, cuestionó toda "tentativa de síntesis", y continuó con una supuesta "rectificación de fronteras", constituida "desde los fragmentos del saber social global, recortado por los sistemas de las ciencias sociales". Y terminó dando como objeto la "desmembración" del campo de dichas ciencias. Tanta deriva de ese campo "móvil" resulta sintomática.

Asimismo, en esta accidentada travesía, Lourau propone además una nueva rectificación y un nuevo objeto:

Un problema central, el enigma de enigmas, [es] el problema de la institucionalización, de la burocratización del movimiento, grande ausente de las ciencias sociales políticas, la teoría de la institucionalización [1978a:82].

Y para eso no es necesario andar tras los efectos de los recortes de otros campos. Pero si se quiere hacer de la institucionalización un "enigma de enigmas", en ningún caso se invalida a los saberes producidos en otros ámbitos ni existen criterios consistentes que digan que este problema sería el que debería unir a todas las ciencias sociales, ni menos constreñirlas a "rectificar sus fronteras".

Más aún, los propios sociólogos diseminados en diferentes sociologías pueden terminar por sumar a su heterogéneo campo esta sugerencia "contrasociológica". Con ello, el primer tipo de "rebasamiento" quedaría sólo como la promesa de desentrañar el "enigma de enigmas".

⁵ "El análisis institucional recorta su campo móvil a través de la sociología, la psicología, el psicoanálisis [y] busca menos el operar una reconfiguración del campo teórico que un desmembramiento de ese campo".

Pasemos ahora al tercer intento de superación, que postula la posibilidad de abolir "la separación que rige las relaciones entre ciencia y prácticas de los actores y observadores".

Lourau prepara el terreno proponiendo dos tipos de "efectos", que bautiza con los nombres de Weber y Lukács. Al primero lo describe así:

A medida que la sociedad *está* más evolucionada y racionalizada [...] más llega a ser opaca y desconocida para los individuos que la componen [1972:10].

El segundo, referido a la ciencia, reza así:

En la medida en que la ciencia progresa olvida progresivamente las bases materiales y sociales, de la cual ella salió [...] Las condiciones sociales de su producción, de su desarrollo, y de sus aplicaciones [*ibid.*:13].

Esta doble opacidad sería cuestionada por un postulado que pretende devolverle a los actores sociales la capacidad básica de poder ser de alguna manera sociólogos de sí mismos, ya que se afirma que "si la sociología es el asunto de todos, hay que abolir todas las oposiciones epistemológicas sobre la necesidad de una ruptura" (Lourau, 1972:67) —entiéndase "epistemológica"— y, sobre todo, evitar a toda costa la autonomización de la teoría sobre la práctica. Obviamente esta polémica se sitúa en el contexto del auge de Bachelard y Althusser.

Pero, ¿en dónde se coloca realmente la crítica a Althusser? Si fuera sólo en el punto de no absolutizar el momento teórico, fácilmente se podría responder que no es el caso, porque en su planteamiento el marxista sólo afirma que la ruptura teórica con las evidencias del sentido común es un paso necesario para retornar a la práctica, pero desde otro lugar. Es decir, que se trataría de un "retorno" en el cual las palabras y las cosas han transformado su relación.

Si por esta vía no parece prosperar el cuestionamiento de Lourau, entonces, ¿por cuál otra?

Esta contra-sociología opta [...] por la construcción democrática del saber confiscada por la tecnoburocracia [*ibid.*:16].

La cuestión se ha desplazado de la ruptura con las falsas evidencias y la supuesta autonomización de la teoría a la oposición ciencia-democracia. El desplazamiento de la problemática no implica la eliminación de la anterior, porque la noción de ruptura es identificada con la opacidad producida por el efecto Lukács.

Es claro que en los periodos calientes [revolucionarios] el análisis institucional se generaliza al conjunto de la población, lo cual transforma en falso problema la famosa exigencia de la ruptura epistemológica entre conciencia ingenua y saber científico. Y eso no vale solamente para las ciencias sociales. En efecto, todo el saber social entra en ebullición [...] las investigaciones esbozadas de pronto se concretan [*ibid.*:40].

El planteamiento supone que en los periodos "revolucionarios" se instaura una doble transparencia luminosa, que arrasa con la opacidad marcada por el efecto Weber y que torna a la totalidad social presente a sí misma. Y, por otra parte, otra que les surge a los actores sociales que, de pronto, muestran tal capacidad de análisis que vuelven obsoletos a los especialistas.

Lo curioso es que así como la transparencia se manifiesta, igual tiende a desaparecer. Entonces, vuelven los tiempos de convivencia obligada con los especialistas.⁶

En realidad, no es "tan claro" que en los periodos revolucionarios se dé esta totalización de la lucidez, tampoco habría que confundir el aceleramiento y trastocamiento de la circulación de conocimientos en periodos calientes con la capacidad para producirlos. Además, habría que especificar a qué tipo de conocimientos se refiere Lourau. Obviamente, no todos están capacitados para producirlos; y no me refiero sólo a cuestiones de inteligencia, sino fundamentalmente a la posesión de herramientas teórico-metodológicas, y a la capacidad de objetivar y analizar la propia posición. Al menos, claro está que un igualitarismo generoso y acético sustituya al examen cuidadoso de lo que efectivamente pasa en los momentos de supuesta "transparencia".

⁶ El AI terminó por constituirse en una disciplina más en La Sorbona (Paris VIII), integrando un doctorado que forma especialistas para tiempos "fríos". Además, entró en el principio de equivalencia de las territorializadas disciplinas sociológicas.

Una cosa es afirmar que los actores sociales no viven en las simples y falsas evidencias en lo que les concierne —en otros términos, que el efecto Weber no los determina a tal grado—, y otra que sólo los especialistas en ciencias sociales pueden opinar acerca de las prácticas de aquellos. Contra esta segunda dicotomía sí parecen pertinentes las afirmaciones de Lourau. No obstante, eso no descalifica a los sociólogos en su capacidad de aportar otro tipo de conocimientos que no sea el puro pleonasma del producido directamente por los implicados.

A su vez, la búsqueda de rigurosidad no implica necesariamente el olvido de la génesis social de lo que se produce ni tampoco deducir de dicha génesis la producción de conceptos, porque entre la génesis teórica y la social existe una discontinuidad, aunque no sea radical.

De estos tres intentos de "superación" quedan algunas cosas rescatables. Entre otras, la voluntad de tomar seriamente a los actores institucionales al grado de inventar un dispositivo de análisis que intente dilucidar, junto con ellos, lo que les sucede. Y, por tanto, no expropiarles la información, sino devolvérselas de doble manera y sobre la marcha del análisis en vivo; y después, eventualmente, a partir de un texto escrito.

En años posteriores, los sugerentes desarrollos de Lourau acerca de la implicación replantearán de otra forma las complejas relaciones del investigador con su objeto de estudio.⁷ Relaciones que condicionan tanto el tipo de acercamiento como lo que se deja fuera o silencia. Incidencia, pues, en la configuración del campo de investigación, en la construcción del objeto, y en la presentación del resultado final de la investigación.

Es ahí donde el tercer intento de "superación" se recrea por un camino diferente a los anteriormente señalados. El análisis de la implicación y sus diferentes planos, en efecto, es un asunto que atraviesa a todas las disciplinas sociales. Esto amplía el campo del análisis permite que esta "contrasociología" no quede encajonada en el territorio de las intervenciones socioanalíticas. Pero —justo es decirlo— no es Lourau el que inventa esa cuestión ni necesariamente el AI tiene la última palabra.

[Se da] la interferencia de la implicación [en la relación] sujeto-objeto, en donde las dos nociones de ruptura y sutura son simultáneamente

⁷ En este punto de la implicación, véase Lourau, 1989 y 1994.

necesarias [...] Ahí en donde, de hecho, no existe sino un conjunto o, por decirlo como los físicos, un sistema observador observado [Lourau, 1981-1982:3].

Parte de la cuestión pasa por saber a qué corresponde la "ruptura" y a qué la "sutura". De otra manera, las metáforas servirán para obturar el trabajo teórico que hay que emprender para tratar de dar cuenta qué significa esto en el campo de las ciencias sociales.

En cambio, el estatuto teórico del AI queda muy problematizado porque la cuestión de la institucionalización ha sido colocada en ese "campo móvil", por el que recorre una serie de disciplinas y tiende a no quedarse con ninguna, en un complicado mestizaje. De otro modo, no se entendería la siguiente afirmación de 1972:

No se pretende haber resuelto la cuestión de la institución, lo cual supondría no solamente una síntesis teórica, sin duda utópica en sí misma, entre la economía política, la sociología y el psicoanálisis. [Nos consolamos] con proponer lo que está, sin duda, en el corazón de todo eso que resta impensado en las ciencias que vienen de ser citadas [Lourau, 1972:71].

En este sentido, el AI queda colocado en una posición frágil en la que no le queda más que rehuir de cualquier intento de sintetizar lo heterogéneo, estar condenado a moverse sin reposo en ese campo móvil, y no acabar de fijar mínimamente su posición. Asumiendo con esto, además, todos los riesgos de un mestizaje confuso compuesto por retazos y, por momentos, intentando situarse desesperadamente por encima de las disciplinas para señalarles lo que dejan de lado o lo que les falta. Para, luego, terminar como una más. Y, a veces, lo suficientemente humilde como para reconocer que sólo alcanza a percibir algo de lo que queda impensado, no sólo por las otras disciplinas, sino por el propio **AI**.

El proyecto político

Este apartado acerca del proyecto político del AI está contenido prácticamente en el desarrollo previo. Me explico. Lourau supone que a diferencia

de la parusía cristiana —que llegará un buen día para poner punto final a una situación dada—, los momentos de transparencia revolucionaria son intensos y puntuales, y los siguen grandes periodos de opacidad. Esta opacidad-transparencia queda inexplicada. De pronto, los extralúdicos de ayer no atinan a penetrar la opacidad de la sociedad de hoy.

Lourau tiene "demasiado" claro que en esos periodos todos parecen volverse "sociológicos", y que fácilmente se dan cuenta del arbitrario que sostiene a todo orden social. Es el tiempo de los "analizadores históricos", concebidos como reveladores espontáneos de una situación dada.

La representación del no sangriento mayo francés me parece que interfiere la capacidad crítica, la cual tiende, a su vez, a volver comparables diferentes acontecimientos históricos muy diversos, como la Revolución Francesa, el episodio de la Comuna, y el 68 en París. Por lo pronto, este último suceso les sirvió a los institucionalistas para pensar en lo que denominaron como lo instituyente, que habitaría como negatividad en el corazón de lo instituido.

Frente a la utopía de las parusías laicas y sus promesas, se coloca el Estado como la gran institución omnipresente que constriñe y busca imponer su lógica a todas las demás.

Dos elementos básicos describen su accionar:

El análisis institucional parte del principio que el centro está siempre presente en la periferia [...] esto quiere decir que [...] las instituciones, lejos de ser formas neutras, "herramientas" funcionales, no existen sino en la medida en que ellas están basadas en la fuerza del Estado [...] El Estado no existe más que en tanto está presente en todas las formas sociales [Lourau, 1977:48].

El otro efecto que sigue lógicamente a esa presencia estatal en las diferentes formaciones institucionales es el de imponerles tarde o temprano su "ley" de equivalencia: que todo movimiento termine institucionalizándose y se vuelva como los otros, es la marca brutal que hace visible al Estado.⁸

Si se acepta tal cual el primer postulado, entonces cualquier intervención institucional, por más pequeña que sea, debería tener por rebote un efecto

8 "Institucionalizarse para una idea, un movimiento, un grupo [...] es volverse equivalente a las instituciones ya existentes, ser reconocido, legitimado como forma social 'normal', es, por tanto, entrar en lo instituido" (Lourau, 1977:44).

sobre el conjunto. Este planteamiento maximalista que ahora nos hace sonreír tenía hace algunos años un sentido de justificación "progresista"; no comprometerse a realizar un socioanálisis para contribuir a una reforma. De ahí que no pocos institucionalistas estuvieran fascinados con la palabra estallamiento de lo instituido, creyendo que era la encarnación pura de lo instituyente, produciéndose una analogía entre éste y lo revolucionario. La lógica que primaba era la del aleteo de una mariposa en China que tendría repercusiones en el resto del ecosistema político.

La forma Estado en su omnipresencia centralizadora,⁹ ¿se confundiría acaso con la sociedad? ¿Todas las instituciones no serían sino sus clones *bonsái*? Ciertas expresiones lo dan a pensar, pero otras contradicen esta lectura. De las primeras, las siguientes: el Estado como "el condensado de lo económico y de las otras instancias", o también como "el resumen de la formación social", y todavía "como el punto de reencuentro y de sobredeterminación de todas las transversalidades sociales" (Lourau, 1978b:53).

En resumen, resulta más que sorprendente cómo la gran institución, con esa densidad aparentemente descrita, se diluya en los momentos "calientes", y deje ver abiertamente lo arbitrario de sus formas y no, como es su especialidad, a través de un espejo oscuro. Veamos ahora lo que Lourau piensa sobre la institución.

La noción de institución

Si el AI postula la especificidad y singularidad de las formas institucionales, entonces no acepta sin matices la omnipresencia del Estado en éstas. Eso atenúa el planteamiento maximalista e introduce el cuidado de no reducir todo al nivel demasiado general de la ley de "equivalencia", ni a la presencia indiscriminada del Estado en ellas.

La noción de institución en el AI remite a una serie de tríadas que no implican lo mismo. Así, tenemos la que nos habla de lo instituido, lo instituyente y la institucionalización; o la que la establece como universalidad, particularidad y singularidad; o definida no como una instancia de las formaciones sociales:

⁹ "Como la encarnación de la centralización, de la planificación [y] de la unidad nacional" (Lourau, 1987a: 188).

sino [como] el producto del cruce de los niveles o de las instancias, y este producto sobredeterminado por el conjunto del sistema a través de la mediación del Estado [Lapassade, 1977a:21].

Y más aún, en el plano del socioanálisis, las implicaciones sintagmáticas (o grupales), paradigmáticas (o sociales) y simbólicas (articulación de las dos series).

Veamos sumariamente de qué se tratan estas nociones. Por lo pronto, las instituciones no son supraestructuras en el sentido marxista, sino el producto del cruce de las instancias — recuérdese que así era una de las definiciones de Estado. Cruce que presumiblemente no sería el mismo en cada caso, so riesgo de volverlas equivalentes antes de conocer su especificidad. Tampoco se les puede reducir al puro instituido, sino que son el producto de la dialéctica entre lo instituido y lo instituyente, que es lo que da lugar al proceso de institucionalización. Se comprenderá que no se pueden establecer fáciles analogías conceptuales entre estos dos tipos de tríadas conceptuales, ya que ni siquiera se sitúan en el mismo plano.

La institucionalización en el AI tiende a fluctuar entre algo que ya se fijó —principio de equivalencia— y un proceso que nunca puede suprimir lo instituyente que lo habita y constituye como negatividad radical.

[La institucionalización es vista] como fase activa de estabilización que niega a la vez la actividad de lo instituyente como negación de lo instituido y el inmovilismo de lo instituido [...] Políticamente la institucionalización es el contenido del reformismo [Lourau, 1978:69].

Todo establecimiento empírico puede ser considerado a la luz de estas trilogías que acabo de describir. Trilogías que no necesariamente se recubren en otra, que tampoco alude a lo mismo que las anteriores, la de universalidad, particularidad y singularidad (Hegel *dixit*).

En su momento de universalidad, el concepto de institución tiene como contenido la ideología, los sistemas de normas, etcétera [...] En su momento de particularidad el contenido del concepto de institución no es otro que el conjunto de las determinaciones materiales y sociales que vienen a negar la universalidad imaginaria del primer mo-

mento [...] En su momento de singularidad, en fin, el concepto de institución tiene por contenido las formas organizacionales necesarias para alcanzar tales objetivos [Lapassade y Lourau, 1974:98 y s.].

Explícitamente, Lourau relaciona esta trilogía con la de institucionalización, aunque —como ya señalé— no son del todo equivalentes ni parten necesariamente de la misma batería conceptual. Sin embargo, el concepto de negatividad las recorre.¹⁰ Así como en la otra trilogía —la de las instancias— era la transversalidad la "dimensión fundamental que atraviesa y funde a todos los niveles de la estructura social" (Lapassade, 1977b:31) vía el Estado. Estas diferentes conceptualizaciones no están trabajadas ni articuladas concienzudamente, por lo que se sobreponen de manera confusa. O, cuando menos, para quien esto escribe.

La "transversalidad", noción tomada de Félix Guattari —uno de los creadores de la terapia institucional—, es descrita por este autor del siguiente modo:

La transversalidad [...] tiende a realizarse cuando una comunicación máxima se efectúa entre los diferentes niveles y fundamentalmente entre los diferentes sentidos: es el objeto de investigación de un grupo sujeto [1966:100].

"Grupo sujeto" es aquel que, a diferencia del "grupo objeto", logra conectar al máximo los diferentes niveles de lo institucional transversalizado. La transversalidad, en ese caso, será el producto de una dilucidación, aunque al mismo tiempo es concebida como una "dimensión fundamental". Esta ambigüedad se constata al juntar lo afirmado por Lourau y Lapassade con lo de Guattari.

¹⁰ He aquí una definición de negatividad que ofrece Lourau: "es la presencia-ausencia de lo oculto, de lo reprimido, del secreto. Desde esta perspectiva, ella juega en la economía de lo simbólico el papel de fuera productiva, desplaza y desdoblado sin cesar el sentido de eso que es dicho y hecho, revelando la potencia de eso que no es dicho, y de eso que no llega a ser acción" (Lourau, 1972:241). Nuevamente, dicha noción —como la noción de institución— abarca diferentes órdenes de cosas que no son equiparables. Y, como plus, introduce la noción de "represión" —al parecer en sentido psicoanalítico— en las instituciones. Se hace presente, de nuevo, la heterogeneidad que habita a la disciplina institucionalista.

Sin embargo, esto no es lo más problemático, sino lo que se refiere a lo que se quiere expresar con la palabra "comunicación", ya que fácilmente podría ser entendida como "articulación" o como lo que "funde todos los niveles de la estructura social" (Lapassade). Pero, ¿fundir o articular en qué sentido? ¿Se trataría acaso —como lo dirán algunos años después Deleuze y Guattari en el anti-Edipo— de "desterritorialización" o de "flujos"? Cuando Guattari ofrece ejemplos de éstos, se inclina a mantenerlos dentro de los límites de los establecimientos psiquiátricos.

Cuando se habla de la relación del establecimiento con la sociedad, ¿siempre habría que pensar en ésta en su conjunto? Existe demasiada comunicación supuesta y muy escasos análisis cuidadosos que den cuenta de la pertinencia y operacionalidad de las nociones.

Me parece que la citada noción más que resolver un problema, lo plantea, porque no distingue los niveles, las escalas, la especificidad de los pasajes y lo que se resiste a fluir —y las razones de ello. En el campo de AI muchas metáforas hacen fortuna y tienden a pasar por conceptos.

El socioanálisis

Ha llegado el momento de abordar la última cuestión, la del dispositivo de intervención institucional llamado socioanálisis. A partir de los prolegómenos que he desarrollado de manera muy resumida, se habrá apreciado que estamos ante una concepción fundamentalmente sociológica que si bien haría énfasis en la dimensión grupal —dado el tipo de dispositivo que pone en juego—, la tendencia será pasar rápidamente a la escena institucional que supuestamente saltaría al primer plano con la sola puesta en juego del dispositivo.

Por razones de espacio no tendré la posibilidad de ofrecer ejemplos de intervenciones realizadas por Lourau. Por ello, sólo me limitaré a describir los elementos que considero centrales del socioanálisis y algunas cuestiones problemáticas de éste. Saltará a la vista que el AI distingue entre el campo de intervención y el del análisis, siendo éste mucho más amplio, y no limitado a la intervención directa.

La siguiente cuestión tiene que ver con la noción de "analizador", ya que los hay "históricos" (como el de la Columna), "naturales" (el que entra en el

campo de intervención del *staff analítico* sin que éste se lo espere, y tiene que ver con los efectos de la intervención en vivo) y, por último, los analizadores "artificiales", como el dispositivo construido *ad hoc para* intervenir.

Conviene hacer una aclaración. Citando a Antoine Savoye:

Se ha confundido muy seguido analizador potencial y analizador real [análisis en situación]. La confusión está en creer que un analizador social tiene en toda situación de intervención un efecto, que su presencia es suficiente para que [...] las contradicciones se expliciten. Desde el punto de vista de la práctica de intervención, un analizador social no es jamás sino un analizador potencial [1977:1070 y s.].

En razón de la transversalidad que supuestamente permea a toda institución, Lourau se pregunta qué aspecto merece atención particular en una institución. Si la intervención tiende a organizarse alrededor de los analizadores, ¿cómo se da la aparición y metabolización de éstos en una situación grupal?

El objeto de análisis no es simplemente el de desdoblarse la dimensión sociológica yuxtaponiéndola a la dimensión psicológica, psicoanalítica, o psicosociológica, en una dicotomía ecléctica, aunque siempre sea difícil el evacuar esta dicotomía amenazante. Lo esencial de las intervenciones se esfuerza por incidir en el análisis de las implicaciones sintagmáticas [grupales] y el análisis de las implicaciones paradigmáticas [sociales] ahí en donde ellas se articulan en el lenguaje a nivel simbólico [Lourau, 1972:159].

Pero, ¿qué entiende Lourau por simbólico?:

Es la socialización total, el acceso al lenguaje de todo aquello que quedaba como no dicho, indecible o privado de sentido [1972:240 y s.].

Especie de "palabra plena" institucional con la que, al parecer, se pretenden mirar en la escala micro parusías laicas que veíamos en el plano macro en relación con los analizadores históricos (exceso de optimismo, quizás). Con la diferencia de que ésta se consigue a partir de análisis, y la otra llega y se aleja sin saberse ni cómo ni cuándo.

¿Por qué resulta tan difícil evacuar esa "amenazante dicotomía"? Entre otras razones, por lo que ya vimos acerca del estatuto problemático del objeto teórico del AI, y de su campo móvil y mestizo. El punto de sutura de dos lógicas diferentes es difícil de lograr, si no imposible. Más aún, si Lourau tiende a ver al psicoanálisis como lo individual, constituido por un imaginario "indeterminado". Doble prejuicio que puede inclinar fácilmente a tomar partido por la sociología, y que podría llevar a visualizar las representaciones psicoanalíticas sólo como el "síntoma" supraestructural de las auténticas determinaciones sociohistóricas. Lo único que se logra, si se acepta esta perspectiva, es vaciar la especificidad del aparato psíquico.

No obstante, en el socioanálisis no se trata—según lo expresa Lourau— de analizar a los individuos y su inconsciente, sino a lo que denomina como sus implicaciones sintagmáticas grupales para relacionarlas con las paradigmáticas sociohistóricas. Veamos un breve ejemplo de una interpretación hecha por Lourau en una institución psicoanalítica de grupos, que le pidió ser analizada. Se trata de la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupos (AMPAG).

Alguien llamado Hernán sueña que el profesor Lourau "es un jugador extranjero comparado por el club AMPAG". Se trata de un miembro de esta Asociación, pero también de la llamada Asociación Psicoanalítica Mexicana (APM) —la que se consideraba, hasta hace poco, guardiana de la ortodoxia freudiana.

Eso sucedía —añade Lourau— durante el transcurso de la última sesión en donde otro miembro [...] me había comparado a Hernán Cortés, el primero de los invasores [y] a Maximiliano [...]. Los relatos del sueño durante el curso de este socioanálisis han, sin embargo, llenado una función en mi espíritu y tienen que ver con los límites de la interpretación en el análisis institucional [Gavarini *et al.*, 1981:66 y *s.*].

Para poder interpretar este material hay que saber qué niveles tocar y cuáles no y, además, referirse tanto a la historia institucional como nacional. En este caso la interpretación de los sueños difiere claramente de la técnica freudiana. Asimismo, esta vez la totalidad compuesta que constituye el relato del sueño no se descompone en sus cadenas asociativas que llevarían a precisar los significantes singulares del soñante. Se trata más

bien de un relato tomado en su conjunto "grupal", y relacionado rápidamente con una situación "realista" que compete a la situación objetiva de la pareja Lourau, en su calidad de extranjeros.

Obviamente, en el plano más explícito, se le relaciona con dos de los "invasores" de la historia del país. Uno, Cortés a quien nadie llamó;¹¹ el otro, Maximiliano, quien sí fue requerido en los balbuceos de la conformación del México post-independiente. Y, por lo tanto, ¿quiénes son los supuestos "traidores" que llaman al francés socioanalista? Cuando menos en su versión: Maximiliano. El hecho de que se mencione a Lourau y no a su mujer —quien había venido con él para intervenir como pareja analítica— habla, a su vez, del tipo de contacto que dio lugar a un equívoco, en donde una parte de los miembros del AMPAG aseguraba que sólo había contratado al miembro masculino de la pareja. ¿A qué tipo de fracturas institucionales alude esto, además de la parte que le toca al propio Lourau, en la conformación de la demanda de intervención? No queda del todo claro.

Por otro lado, la escena institucional se desdobra con el cruce del AMPAG y la APM en un doble contencioso: el de la doble pertenencia y, principalmente, en la pugna por el intento de control de la segunda sobre la primera, al grado de "imponerle" el nombre de Asociación Mexicana de *Psicoterapia Analítica*, de Grupo, en lugar del escogido por los miembros de dicha institución: Asociación Mexicana de Psicoanálisis de Grupo, nombre que hasta la fecha conserva. Contencioso bifásico tanto de relación de poder como de tipo teórico: ¿lo grupal es o no psicoanalítico? En este caso, el cambio de nombre puede ser visto como un prometedor analizador potencial (Savoye).

Los "límites de la interpretación" en socioanálisis —a los que alude Lourau—, entre otras cosas, implican no tocar lo individual como tal, sino intentar incluirlo en una escena institucional —o interinstitucional— de múltiples bandas, como las de ejemplo dado. No se trata tampoco —como en el modelo de Fernando Ulloa— de reducir el nivel "psi" a puros mecanismos "abstractos", sin más carne que las que le ofrecen los contenidos de la escena institucional.

Lo grupal en sus determinaciones "psi" y en la dinámica que se reconfigura con la puesta en juego del dispositivo socioanalítico conforma

¹¹ Al cual, por cierto, no se le puede achacar que invadió México, ya que todavía no existe.

un nivel fundamental de este tipo de intervenciones, en las cuales no todo debe ser visto como la simple expresión de la escena institucional. Aquí sí se puede hablar de una intersección que los entrelaza sin confundirlos. Ignoro si Lourau estaría de acuerdo con esto.

Recapitemos parcialmente el camino recorrido. Hasta ahora he descrito tres elementos del socioanálisis: la diferenciación entre el campo de intervención y el campo de análisis; la cuestión de los diversos tipos de analizadores, y la problemática intersección de lo sintagmático con lo paradigmático, en la supuesta palabra plena de lo simbólico. Veamos los restantes elementos que conforman al dispositivo socioanalítico.

El análisis de la demanda

Todo análisis se ejerce en un campo de fuerzas y, de entrada, el equipo que va intervenir queda sujeto a los vaivenes disimétricos que ahí se juegan. Se trata de un campo estratégico y plural.

Al interior de un establecimiento surgen una serie de demandas múltiples y contradictorias, de acuerdo a los diferentes lugares que ocupan [...] los integrantes de dicho establecimiento. La encomienda de intervención, el encargo, surge en el momento en que una o un grupo de demandas es privilegiada respecto de las otras, que son negadas curvadas, desplazadas o resignificadas. Al *staff* analítico llega, entonces, una demanda procesada ya por diversas fuerzas al interior de la institución [...] El proceso analítico será el camino inverso de la constitución de la encomienda. El o los analistas intentarán desconstruir el encargo hacia las múltiples demandas contradictorias que le dieron origen [Manero, 1990:131 y s.].

Se trata de evitar a toda costa el efecto sinécdoque, es decir, tomar la parte por el todo. Y como en un sueño, recorrer las diferentes series que nos devuelven el rostro heterogéneo de una demanda que, en primer momento, parecía homogénea.

La autogestión del tiempo, espacio y dinero

La autogestión quiere decir una negociación entre el colectivo cliente y los analistas en vista de administrar las sesiones en cuanto a su duración, su honorario, y su funcionamiento, y de determinar el modo de remuneración de los analistas. Remuneración en la cual el monto no está fijado de entrada [Ville, 1978:90 y *s.*].

En realidad, la proposición de la autogestión no sale espontáneamente del "grupo cliente", sino de los postulados del dispositivo socioanalítico. Sería más correcto hablar de una heterogestión. Eso, a su vez, implica que en los lugares donde se implanta una intervención el ejercicio del poder se "suspenda" —según lo afirma Patrice Ville—, para que el AI pueda investir el establecimiento. Pero, ¿se suspende, o más bien se actúa a medida que marcha el proceso? Más bien pareciera lo segundo.

En cuanto al dinero —como bien lo señala Fabienne Fillion—, se inscribe en una problemática social, en la cual habría que tomar en cuenta

el mercado de las intervenciones, el lugar de los intelectuales [y] las prácticas universitarias [...] La regla fundamental es que el pago [...] su costo y su modalidad deben "hablar" y "dar a ver" la dimensión institucional [...] el estado de las contradicciones que la atraviesan [1882-1883:31 y *s.*].

Con el dinero utilizado como analizador construido, estamos ante un desdoblamiento de la lógica económica que puede llegar a tener efectos paradójicos. Por una parte, el equipo analítico se sitúa en el estatuto de los que cobran por su trabajo, pero, simultáneamente, el cobro queda investido de otro sentido que no es el estrictamente remunerativo. Digamos que se trata de un capital simbólico que puede provocar que los analizados no sepan a cuál recurrir en caso de conflicto con el equipo interviniente.¹²

¹² Lo mismo puede pasar en el caso del psicoanálisis.

La asamblea general y el decirlo "todo"

Ambos elementos resultan coherentes con el planteamiento de incluir todos los niveles que configuran al establecimiento —transversalidad—, con el fin de evitar los encapsulamientos y las fugas en los circuitos paralelos del rumor y la fragmentación comunicativa: *que nadie que tenga algo que decir acerca de la marcha institucional quede fuera. A veces, implementando esta posición de manera indiscriminada se llega a situaciones incontrolables.*¹³

La reunión en presencia de todos los actores institucionales crea un efecto grupal radicalmente diferente al funcionamiento habitual de la vida de los establecimientos. Este efecto grupal se acompaña, en general, de situaciones de angustia porque lo que se intenta mantener dissociado y fragmentado anuncia, de pronto, aunque sea sólo de manera potencial, su posible reunificación en el hecho de estar todos juntos.

Además, ese tipo de escenificación resulta muy exigente y complicada para quienes están en una situación jerárquica de subordinación, y a veces no sólo para ellos. La regla de hablar de lo que ocurre en el lugar se ejerce en un aparente igualitarismo grupalista que sólo imaginariamente neutraliza la estructura de poder institucional efectiva. El tipo de grupo que ahí se analiza no tiene nada que ver con los que se realizan en talleres de asistencia libre el fin de semana o con los grupos psicoanalíticos en el consultorio. Ahí la palabra puede circular de otra manera, sin esperar las repercusiones que se pueden dar por estar en una posición subordinada en la jerarquía institucional. Los compromisos con el decir son más individuales y el poder institucional está bastante atenuado.

A diferencia del dispositivo sociosicoanalítico de Gerard Mendel, que trabaja con lo que denomina "clases institucionales", es decir, con miembros de un mismo nivel jerárquico —esto también tiene ventajas e inconvenientes—, o de Fernando Ulloa que va implementando un proceso inclusivo gradual, la asamblea general del AI intenta, desde un inicio, incluir a todos. Y por esto se paga un precio.

¹³ Como lo que sucedió con la intervención de Rene Lourau en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, por encargo de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, en donde entraban espectadores que no eran del departamento que pidió la intervención, y ni siquiera de la universidad citada. ¿Cuál es el límite de la transversalidad?

En síntesis, de *este* somero recorrido crítico por algunas de las aportaciones de René Lourau queda la impresión de la vulnerabilidad de su propuesta epistemológica, que fluctúa entre la inconsistencia, la promesa, y la descripción. Descripción que, desgraciadamente, no profundiza en un buen número de cuestiones pertinentes, como la del "enigma" de la institucionalización, o en qué consiste la negatividad de las instituciones, y si se nota en su proyecto político —demasiado datado— una simplificación de la cuestión del Estado y de la transversalidad. Me parece, a pesar de ello, que de dichas aportaciones resultan rescatables, entre otras cuestiones, la de la implicación y la del dispositivo socioanalítico. Esto siempre y cuando se renuncie a presentar al AI como la única sociología institucional autorizada y a las otras propuestas como intentos fallidos.

Bibliografía

- Fillion, Fabienne, *Socioanalyse au transpon en commun*, DEA en Analyse Institutionnelle, París VIII, 1882-1883.
- Gavarini, F.; René Lourau; Silvia Radosh *et al*, "La couple suspect", *Intervención socioanalítica en AMPAG*, México, julio de 1981.
- Guattari, Félix, "La transversalité", *Revue de Psychothérapie Institutionnel*, n. 1, 1966.
- Lapassade, Georges, "Objeto y método del análisis institucional", en *El análisis institucional*, Ediciones Campo Abierto, Madrid, 1977b.
- , *Grupos, organizaciones e instituciones*, Ediciones Guernica, Argentina, 1977a.
- y René Lourau, *Claves de la sociología*, Laia, Barcelona, 1974.
- Lourau, René, "Implicación e Institucionalización", *Séminaire de DEA de Analyse Institutionnelle*, Universidad de París VIII, 1981-1982.
- , "Referencias teóricas del análisis institucional", en *El análisis institucional*, Editorial Campo Abierto, Madrid, 1977.
- , *Actes manqués de la recherche*, PUF, París, 1994.
- , *El análisis institucional*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970.
- , *El diario de investigación*, Universidad de Guadalajara, México, 1989.
- , *L'état inconscient*, Éditions du Minuit, París, 1978a.
- , *Les analyseurs de L'église*, Éditions Epi, París, 1972.

———, *Revue Pour*, n. 62/63, París, 1978b.

Manero Brito, Roberto, "Introducción al análisis institucional", en *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, n. 1, diciembre de 1990, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, pp. 131-132.

Savoye, Antoine, "Les analyseurs arrivent", *Les temps modernes*, n. 317, diciembre de 1977.

Ville, Patrice, *Analyseur et dérangement, théorie et pratique de la socianalyse*, these 3^{ém} cycle, París VIII, 1978.